

ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y VON ECKSTEIN

Conocer, imaginar y crear

ILUSTRACIONES DE GERARDO BARÓ



Conocer, imaginar y crear

ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y VON ECKSTEIN

Conocer, imaginar y crear

ILUSTRACIONES DE GERARDO BARÓ

en
Alianza
EDITORIAL



©ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y VON ECKSTEIN

©De esta edición 2021, Editorial En Alianza S.A.

Juan de Salazar 486 entre San José y Boquerón

Tel.: (021) 22 22 15 (R.A.)

www.editorialenalianza.com.py

Presidenta

CARMEN DA COSTA DE GALEANO

Jefe de diseño y producción

MARCELO L. TORTEROLO

Ilustraciones

GERARDO BARÓ

Edición

GABRIELA MURDOCH Y MARÍA JOSÉ PERALTA

www.tulibropy.com

Diseño

SILVANA ISASI PECCI

ISBN: 978-99925-210-5-2

Impreso en Paraguay. *Printed in Paraguay*

Primera edición: abril de 2021

Prohibida su reproducción total o parcial,
por cualquier medio, sin permiso
por escrito del editor.

A todos aquellos que gracias
a su conocimiento imaginan
historias, sonidos y arte,
creyendo firmemente que
podemos, a través de sus obras,
descubrir y alcanzar un mundo
en el que por fin el humano viva
en armonía y equilibrio con su
entorno y el universo.

1

Claudita

Un jueves singular

—¡Clau, ya son las seis, otra vez te quedaste dormida! No sé para qué tenés ese despertador si no lo escuchás —dijo mi mamá mientras abría la cortina dejando que el sol naciente terminara de despertarme.

Abrí los ojos y vi cómo el astro rey iluminaba los *tajj*, desde cuyas ramas, varias aves parecían saludarme. Bueno, para saber bien qué decían, en realidad, tendría que preguntárselo a Nahuel, que es quien las entiende. Tal vez estén protestando por los tres árboles de enfrente que tumbaron ayer junto con la centenaria vivienda a la que dieron sombra por varias décadas.

—¡Claudia Benítez, arriba, ya son las seis y cuarto! —insistió mamá, mientras se maquillaba.

Rápidamente me bañé, vestí y comencé a peinarme. Luego de cinco minutos y tras vencer la batalla diaria contra mi cabellera, bajé a la cocina. El penetrante aroma del café recién molido inundaba toda la casa.

—Buenos días, maja, agraciados los



ojos que te ven —saludó Héctor y me pasó una humeante taza de café con leche y un platito con medallunas caseras.

Héctor y mi mamá se enamoraron durante el ataque de las tropas del Tahuantinsuyo a Lima, hace más de 500 años, aunque ambos creen que se conocieron en el aeropuerto Silvio Pettirossi el año pasado. Están casados hace dos meses. Se puede decir que son el uno para el otro hasta en lo laboral, ya que él, de valiente soldado bajo las órdenes de Francisco Pizarro pasó a ser un arqueólogo forense contratado por la Secretaría Nacional de Cultura. Con mamá están modernizando el Departamento de Arqueología.

—Después del colegio, vas a ir con Jorge a su casa y te quedarás allí por un par de días, porque Héctor y yo tenemos que viajar a Ñeembucú; ya hablé con tu tía.

—¡Genial! Así estaré cerca de la casa de la profe Hipatia, que me está ayudando con la traducción de un manuscrito antiguo. ¿Y para qué van a Ñeembucú?

—Ayer atraparon a unos huaqueros que andaban buscando plata *yvygy* en el campo de batalla de Estero Bellaco —respondió mi mamá mientras me mostraba una foto del lugar.

Al llegar a la escuela, en el portón de entrada, vi a Nahuel y Jorgi. Cuando me dirigía hacia ellos, la profesora Hipatia me detuvo.

—Buen día, Claudia. ¿Vendrás a casa hoy? Ano-

che me quedé hasta tarde estudiando ese manuscrito egipcio que compraste por eBay. ¡Es increíble que no sea auténtico!

En realidad, aquel manuscrito me lo había entregado ella misma horas antes del incendio de la biblioteca de Alejandría a manos de los fanáticos enviados por el obispo Cirilo... ¡Esa sí que fue una aventura! Pero, al igual que Héctor, mi flamante papá, no era consciente de ello. Hipatia de Alejandría no recordaba su vida anterior, por eso tuve que inventar que había comprado el papiro por internet.

—¡Sí! Voy a quedarme en lo de Jorge porque mi mamá está de viaje... ¡Uy, el timbre, nos vemos a la tarde! —Me despedí y fui corriendo a formar la fila.

El tiempo pasó volando. A la salida, cuando nos dirigíamos a la parada del colectivo, Jorge me recriminó:

—Che, Claudia, ¿qué te está pasando? Estás redistante. Ya ni la hora nos das.

—Nada que ver, ¡qué exagerado sos! Es cierto que anduve trabajando mucho con la profe Hipatia sobre el manuscrito de Imhotep, pero...

—No sé, primita, pero tendrías que hacernos un espacio en tu agenda a Nahuel y a mí.

—¿En serio te parece que estoy distante? ¡Con razón Nahuel estaba enojado!

—¿Y cómo no va a estar enojado? Te había comprado una caja de chocolates y vos apenas nos saludaste

de lejos y te fuiste a hablar con la profé Hipatia. Es cierto que tu osito panda solo tiene ojos para vos, pero tené en cuenta que Andrea y Gabriela hace rato le andan atrás.

—¿Les dio los chocolates a esas dos? —inquirí enojada.

—Como si no lo conocieras. Se los comió todos él solo, de rabia.

—¡Pobre mi pandita! Tenés razón, Jor, gracias por alertarme. Sabés que soy redistraída cuando estoy con algo que me fascina, como ese manuscrito.

—Lo sé, por eso te lo comenté. Yo también ando medio distraído.

—Eso no es novedad —dije riendo mientras pagaba el pasaje del colectivo con mi tarjeta electrónica.

—Muy simpática, hablo en serio —replicó y se sentó junto a mí y luego se dirigió a mí casi susurrando—: ¿Te acordás de ese libro que me regalaron al poco tiempo de volver del Tahuantinsuyo?

—¿El que supuestamente te regaló Julio Verne y que desaparece cada vez que voy a tu casa? —pregunté cínicamente.

—Sí, este —respondió sacando de su mochila un antiguo libro con tapa de cuero.

Incrédula, abrí aquel voluminoso libro y vi que se trataba de la primera edición de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, dedicado a Jorge ¡por el mismísimo Verne! Sin poderlo creer, lo comencé a hojear: estaba en fran-

cés y tenía anotaciones al margen escritas a lápiz.

—¿Ahora me creés? Ni yo lo puedo creer, pero ya lo leí todo.

—¡No seas mentiroso!

—Prestame —dijo y como si nada, comenzó a leer fluidamente—: *L'année 1866 fut marquée par un événement bizarre, un phénomène inexpliqué et inexplicable que personne n'a sans doute oublié.*

—¿Desde cuándo sabés francés?

—Desde que abrí el libro: solo me imaginé el gusto que daría poder leerlo en francés y eso fue todo. Además, mirá, aquí dice que el año de edición es 1869, pero la novela se publicó en dos tomos, uno en 1869 y el otro en 1870. Recién en 1871 aparecieron las dos partes en un solo volumen, como este. Encima, ¡están las notas que escribió el propio Julio Verne!

Jorge guardó el libro y nos aprestamos para bajar.

—Eso no es todo —dijo, al llegar a la puerta de su casa, extendiendo la palma de la mano mientras cerraba los ojos. El anillo de lapislázuli de Jorge pareció iluminarse y, de la nada, apareció una llave, con la que abrió la puerta.

—¿Cómo hiciste eso? ¿También sos ilusionista?

—Te soy sincero, ni yo lo sé: basta con que imagine algo para que aparezca en mis manos. ¿No te pareció raro que desde que empezaron las clases nunca me olvidé de ningún libro o cuaderno? Lo único que todavía

no consigo es imaginarme la tarea hecha... Hola, ma, ¿qué hay para comer?

Unas horas más tarde, luego de hacer los deberes, le pedí a mi tía que me prestara la bicicleta y partí rumbo a la casa de la profe Hipatia, que vivía a diez cuadras, en un pequeño chalet adornado con un jardincito rebosante de flores.

Si bien Hipatia ni se imaginaba haber vivido en el pasado, había algunos detalles en su vida cotidiana que, inconscientemente y sin motivo aparente, la ligaban a este, como ser la frase *Irek Heru Nefer*, «que tengan buen día», escrita en jeroglíficos en el tapete de entrada en vez de las tradicionales *bienvenido* o *welcome*. Teniendo en cuenta esto tampoco era raro que las paredes de la sala estuvieran del zócalo al techo cubiertas de libros o que en el jardín trasero, a donde nos dirigíamos, se encontrara un pequeño estanque estilo greco-egipcio con una glorieta con jazmines y, en sus aguas, un par de tilapias nadando entre las raíces de unos lotos.

—Disculpa que vuelva a preguntarte, ¿estás segura de que este manuscrito lo compraste en internet? ¡Es perfecto! Creo que hasta los especialistas podrían dárlo fácilmente en la época de Imhotep. Además, ¿te diste cuenta de lo complejo que es?

—¡Profe!, solo de un museo podría sacar algo así...

—Lo sé, Clau, lo sé. En fin, es una pena que, a pesar de todo, sea apócrifo y no tenga ningún valor.

Sin embargo, ¡es fascinante! Mira aquí —dijo desenrollando el extenso papiro de unos ocho metros—: a ver, a ver..., aquí: lee.

Tomé la gruesa lupa y comencé a leer los diminutos jeroglíficos que conservaban sus brillantes colores a pesar de su antigüedad. De inmediato, noté que varios de los glifos parecían sobreescritos con el mismo signo invertido. Y como el sentido del glifo indica si la oración se lee de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, estos escritos ¡se podían leer en ambos sentidos! Primero pensé que el texto trataba sobre dioses egipcios, ya que hablaba de hombres con cabeza de cocodrilo, chacal, ibis o rata, pero después descubrí un glifo que me heló la sangre: ¿una espiral de ADN?

—Si ese glifo es una doble hélice de ADN, este otro bien podría significar un fragmento de otra hélice —dijo la profe—. Entonces, este glifo de un cachorro de león con cabeza de humano significa...

—¿Manipulación genética? ¡Imposible! —le interrumpí.

—Tal vez para los primitivos egipcios haya sido imposible, pero no para los atlantes —escuché decir detrás de mí, mientras Hipatia caía desmayada en mis brazos al ver el cuerpo traslúcido de Xell.

—No te preocupes, ella estará bien. Ustedes dos hacen un muy buen equipo, las felicito. En ese documento, como han descubierto, están transcritas partes del relato

de los crímenes de mi hermana Millicent y su esposo Binario... y el final de Atlantis, en esta dimensión de espacio y tiempo. Imhotep fue el último no atlante que conoció el contenido del libro del fin; salvo ustedes dos, nadie había podido leerlo hasta hoy. Estos jeroglíficos son mucho más antiguos que los utilizados por los egipcios, y su significado se perdió con la muerte de Imhotep.

—Es por el anillo, ¿no? —pregunté jugando nerviosa con la sortija dorada que me dio hace un tiempo la arqueóloga Patricia Quispe cuando estábamos en Alejandría.

—En parte, sí, pero el verdadero mérito del trabajo de descifrado lo tienen ustedes dos. Recuerda: eres un todo, pero parte del todo a la vez. Jorge, Nahuel y tú pronto deberán enfrentar una gran prueba —dijo Xell y desapareció.

—¿Viste a esa mujer? —me preguntó Hipatia al despertar.

—¿Qué mujer? De seguro lo soñó, se quedó dormida, se la veía muy cansada —mentí.

—Tienes razón, Claudia, los fantasmas no existen... —murmuró—. Hemos trabajado mucho y no tengo ni tus años, ni tu vitalidad.

—¿Qué le parece si nos damos un descanso hasta el lunes? —dije cerrando mi libreta de anotaciones.

—Muy bien, así mientras yo le dedico tiempo a mi jardín, tú vas a visitar a Nahuel.

2

Tía Ali

Estero Bellaco

Si hace un año y medio me hubieran dicho que sería nombrada directora del Departamento de Arqueología y que trabajaría palmo a palmo con mi esposo, diría que mi interlocutor estaba bromeando. Sin embargo, muchas veces lo que parece improbable no lo es tanto.

La camioneta de la Secretaría Nacional de Cultura (SNC) transitaba rauda por la ruta PY04 rumbo al distrito de General José Eduvigis Díaz, en Ñeembucú, a 402 kilómetros de Asunción. Al volante, Rafa conversaba animadamente con Héctor, mi flamante esposo, de cómo la arqueología forense estaba cumpliendo un papel fundamental en la identificación de restos óseos de víctimas de las dictaduras americanas, de la guerrilla y del narcotráfico. También le explicaba el funcionamiento del moderno escáner y modelador en 3D adquirido por la SNC, con el cual le devolveríamos el rostro a los restos hallados en el lugar adonde nos dirigíamos.

Llamé al comisario general inspector Gaona, quien había dado aviso a la cartera de Estado sobre los restos

óseos y pertrechos militares encontrados durante la captura de los huaqueros, para avisarle que llegaríamos en 15 minutos al monumento que conmemora la batalla de Estero Bellaco.

—¡Buenas tardes, doctora!, un verdadero placer oírlo. Lamentablemente no podré ir, acaba de caer una banda de contrabandistas de cigarrillos, y usted entenderá... Pero mi asistente Cándido Amarilla ya está en el lugar, acompañado por un peón del establecimiento ganadero.

Estacionamos en la banquina, junto al cercado de la estancia, y con nuestras mochilas al hombro caminamos hasta el lugar donde se encontraba el monolito. El oficial Amarilla y un hombre vestido con ropa de montar y un sombrero de ala ancha nos esperaban con cuatro caballos.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, doctores; él es Crisóstomo Núñez, el peón que descubrió a los delincuentes y nos acompañará hasta el lugar de los hechos —explicó el oficial. Mientras cabalgábamos hacia el lugar del hallazgo, el peón dijo:

—El patrón hace decir que pueden quedarse en la casa principal esta noche, aunque estoy seguro de que no será necesario que se queden, en ese lugar no hay más que algunos huesos y unos cuantos hierros viejos oxidados, nada de valor. Si alguna vez hubo plata

yvyguy, hace rato que la habrán encontrado. De balde vinieron desde Asunción y de balde encerraron a esos pobres hombres que solo buscan *para* su pan.

—Disculpe que disienta, buen hombre —habló Héctor con su encantador acento español, especialmente subrayado al enfadarse—, hay una ley, la 5621, «que tiene como objeto la protección, la salvaguardia, la preservación, el rescate, la restauración y el registro de los bienes culturales de todo el país; así como la promoción, difusión, estudio, investigación y acrecentamiento de tales bienes». Esos hombres, además de infringir una ley nacional, le están robando a usted, a su patrón, al oficial Amarilla, a mi esposa..., ya que tanto esos huesos y hierros viejos a los que usted se refiere, como un cántaro rebosante de joyas, si lo hubiere, son vestigios de la historia de esta gran nación y, por lo tanto, pertenecen a todos los paraguayos. No a uno en particular. ¿Usted sabe qué pasó aquí, un día como hoy, hace más de ciento cincuenta años?

—No se enoje, doctor —respondió sonrojado el peón—, todos sabemos que aquí mismo se libró la batalla de Estero Bellaco y en aquel montecito, hacia donde vamos, estaba el campamento del presidente uruguayo Venancio Flores.

Héctor quiso seguir reprendiendo al hombre; sin embargo, al ver mi expresión, mantuvo silencio, con el ceño fruncido, y apuró el paso de su caballo.

Desensillamos y caminamos unos cien metros hasta unos pozos recientemente cavados y montículos de tierra junto a ellos.

—Es ahí—dijo el hombre señalando el cráneo semienterrado, que parecía mirarnos desde sus cuencas vacías.

De inmediato, muy animados y olvidándonos de Amarilla y de Núñez, tomamos de nuestras mochilas lo necesario y comenzamos a demarcar con pequeñas estacas y sogas el área a ser excavada. Seguidamente comencé, delicadamente, a despojar de su centenaria mortaja de tierra a aquel combatiente, mientras Héctor sacaba fotos y tomaba notas.

Antes de que el sol comenzara a declinar, descubrimos que aquel centenario cadáver estaba atravesado por una lanza. Se conservaban, aunque en mal estado, remanentes de una chaqueta azul con cuello y charretera verdes, lo que nos permitió, preliminarmente, determinar la procedencia del occiso.

—Es un uruguayo del batallón Florida—dije y seguí excavando.

Tras realizar un examen del cráneo, Héctor escribió en su libreta: «Según los restos de barba y cabello hallados se puede afirmar que el sujeto era rubio. La apófisis mastoides del hueso temporal es bien pronunciada, lo que nos revela que es un hombre. Su fosa nasal triangular me indica que es caucásico. Buena dentadura,



tiene el tercer molar en el maxilar superior, aunque no en el inferior, así que podría tener entre diecisiete y veinte años».

—¡Héctor, mirá! ¡Hay otro cuerpo abajo! —exclamé emocionada al descubrir, a la altura de la cintura del primer cadáver, un par de brazos cubiertos con restos de tela roja. Tiene chaqueta roja y está abrazando al uruguayo.

—Si tiene chaqueta roja... ¡es paraguayo! —dijimos al unísono.

—¿Qué hace un paraguayo abrazado a un uruguayo? —preguntó Héctor. En ese momento, Núñez, que hacía horas se había retirado del lugar con el oficial Amarilla, regresó para llevarnos al casco de la estancia, donde ya se encontraba Rafa. Con las últimas luces del día llegamos y fuimos recibidos por el propietario y su familia, quienes nos sirvieron a cuerpo de rey.

—¡Guau, qué facha! Lo que ustedes cuentan bien podría servir para una de esas series policiales en donde unos *nerds* con tubos de ensayo y computadoras investigan y solucionan un crimen —exclamó el hijo adolescente del propietario.

—¡Fernando!

—Descuide, también tenemos una hija adolescente —dije riendo de buena gana.

—Y cuando está con su primo Jorge y su amigo Nahuel, ¡ni se imaginan! —agregó Héctor.

Tras la opípara cena —asado vacuno con ensaladas variadas y un delicioso dorado a la parrilla—, la dueña de casa nos acompañó a nuestra habitación, donde caímos rendidos enseguida.

Me encuentro en medio de un estero de agua cristalina, cubierto de altos juncos que me dificultaban avanzar. Un grotesco concierto de ranas y sapos inunda el lugar y unas garzas blancas y algunos *tujuju* hunden sus picos en busca de renacuajos e insectos acuáticos. Las primeras luces iluminan aquel paisaje de arroyos y árboles caídos, medio hundidos, cuyas raíces expuestas al aire están cubiertas por verdes lianas que se enraízan en el lodo. Hacia el sur, finas columnas de humo ascienden sobre un bosquecillo. En dirección norte, a unos cien metros, otra columna de humo se funde con la bruma de la mañana. De pronto, me empiezo a elevar como si no existiera gravedad y puedo ver el lugar en toda su extensión: millares de personas vestidas con coloridos uniformes y divididas en dos bandos aguardan tensas frente a frente.

El sol se encuentra sobre mí: un sepulcral silencio cubre el estero y el bosquecillo. De repente, un cañonazo suena desde el norte y una marea roja y blanca enardecida cruza el estero a través de tres pasos. Presto

atención a la columna central y alcanzo a identificar al regimiento 21 de Caballería junto a varios batallones de infantería y, al frente, con la espada en alto, al coronel José Eduvigis Díaz. El entrechocar de sables, el ensordecedor ruido de disparos y los gritos de guerra no se hacen esperar. Los regimientos paraguayos 4 y 21 son los primeros en chocar contra la vanguardia enemiga, causando tanta sorpresa y confusión que la batería compuesta por cuatro piezas de artillería cae de inmediato, y sus artilleros como también los hombres del batallón brasileño 7, que las protegía, huyen aterrados. Ante la sorpresa inicial, los *voluntários da patria* de los batallones brasileños 21 y 38 reaccionan, al tiempo que una columna de infantería paraguaya, apoyada por el fuego de artillería del General Bruguez, arrasa con ellos. El batallón Florida, al mando del mercenario español coronel León de Pallejas, se alista rápidamente y parte en defensa de los brasileños, seguido por el batallón Libertad y el 24 de Abril, pero el arrollador empuje de los paraguayos hace que esta acción solo sirva para aumentar la cantidad de cuerpos despedazados y sangre que tapizan el campo de batalla. Mientras tanto, los regimientos paraguayos 7 y 13, al mando del teniente coronel Basilio Benítez, caen sobre las tropas argentinas trabándose una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo. El resultado: más muerte y dolor sinsentido.

El humo y la confusión de la batalla cubren el

campamento uruguayo. Junto a una tienda de campaña, el general Venancio Flores ensilla rápidamente su caballo. Lo acompaña su perro Coquimbo. Un soldado del batallón Florida se acerca al general, pero él, sin darle importancia, monta su caballo. El soldado desenfunda su sable y arremete contra su general con tanta mala suerte que solo alcanza a arrancarle el poncho que llevaba al hombro. Coquimbo se abalanza contra el agresor y le clava, reiterada y profundamente sus dientes en el antebrazo hasta que suelta la espada. Cuatro soldados paraguayos surgen de entre unos juncos del estero. Tres de ellos apuntan contra el general uruguayo, quien, luego de emitir un fuerte silbido, escapa a todo galope, seguido por su fiel can. El cuarto soldado, petrificado, observa al uruguayo mordido por el perro, arroja su espada y corre hacia él. El uruguayo reacciona idénticamente. Cuando se abrazan, una lanza se clava en la espalda del paraguayos y les atraviesa a ambos, que caen en las lodosas aguas del estero. El morrión del paraguayos se desprende y la larga y negra cabellera, oculta hasta ese momento, cubre el rostro de ambos mientras las balas de la artillería paraguayos comienzan a caer a su alrededor.

—¡Ali, despierta! —me dijo Héctor, mientras en mi

sueño una bala de cañón caía cerca de los cuerpos cubriéndolos de juncos, sangre y barro—. Estás teniendo una pesadilla.

Empapada de sudor, y con el corazón palpitando agitadamente, abracé a Héctor y me puse a llorar.

Desayunamos y luego regresamos junto a los guerreros caídos. Me puse a observar mientras las imágenes de mi sueño se superponían a las que tenía enfrente. Saqué de mi mochila la pequeña pala Lineman y, sin dudar, comencé a cavar frenéticamente donde, en mi sueño, había caído el último proyectil. No me sorprendió encontrar sus restos. Tampoco, que los huesos del segundo cuerpo pertenecieran a una mujer.

3

Jorge

Tu imaginación no tiene límites

Todavía con el uniforme puesto, tiré mi mochila sobre la silla, tomé mi guitarra eléctrica y, recostado en la cama, comencé a practicar unas variaciones de acordes musicales que el profe Rolando me había enseñado en la última clase.

—Ejecutas muy bien ese instrumento, Jorge.

—¿Le parece? Son unos acordes que el profe Rolando me enseñó, él dice que voy bien... ¿Usted quién es, qué hace en mi cuarto? ¡Un momento! Usted fue quien me regaló..., ¿usted es...?

—*Monsieur Jules Verne*, para servirte —dijo el escritor francés de prominente barba y abundantes cabellos entrecanos.

—¿Es realmente usted? ¡Guau! Espéreme un momento que le llamo a mi prima para que lo conozca... —expresé, dejando la guitarra sobre la cama, para ir deprisa a buscar a Claudia. Pero Verne, tomándome el brazo, me detuvo.

—Deja que tu prima vaya a casa de su maestra, ya

nos conoceremos en breve. Ven, siéntate. Conversemos.

Muchos escritores han ido a mi escuela a hablar-nos de sus libros y con cada uno he disfrutado y aprendido a lo grande. Pero tener en mi casa, sentado a mi lado, a uno de los padres de la ciencia ficción, ¡y que quiera conversar conmigo...! ¡Era lo mejor que me podía pasar en la vida!

—Te he estado observando y he comprobado que ya leíste el libro que te regalé, pues has aprendido algunos trucos —dijo guiñando un ojo.

—¡Sí! Y tengo un montón de preguntas que hacerle: primero, ¿cómo pude leer en francés? ¿Cómo puedo hacer aparecer las cosas que necesito? ¿Es por el libro que me regaló? ¿Por el anillo azul?

—Tranquilízate, Jorge, soy tan humano como cualquiera de esta casa. Respira, te estás poniendo azul —rio el escritor de buena gana—. El ser humano no necesita de magia para hacer cosas increíbles. Todo depende de su imaginación, voluntad y, sobre todo, confianza y dedicación para conseguir su meta.

—Pero coincidirá en que no es normal que la llave que había olvidado aparezca en mi mano con solo imaginarla...

—Como tampoco lo es para un músico ganar el Premio Nobel de Literatura; sin embargo, en fin... Como te decía, todos nacemos con una capacidad que nos caracteriza y es nuestra obligación desarrollarla para el

bien de los demás seres de nuestro entorno. En nuestro caso, o en el de mi amigo Isaac Asimov, esa capacidad es la imaginación.

—¿Conoció a Asimov?!

—Sí, mientras escribía las novelas *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna*. Y hablé con él e intercambiamos pareceres mientras trabajaba en París en el siglo xx. Lamentablemente, aquella novela no fue del agrado de mi editor por considerarla extremadamente fantasiosa. Por suerte la publicaron casi cien años después, cuando el mundo descubrió que aquella ficción fue superada por la realidad.

—Pero entonces, Xell y el *Libro del Tiempo* tienen mucho que ver en sus obras.

—Te equivocas. Conocí a Xell y a Emilio Salgari, posteriormente de haberlo conocido a Isaac. Te preguntarás cómo pude viajar al futuro sin el *Libro del Tiempo* —me dijo mientras lo miraba absorto—. Recién estabas tocando algo de jazz, ¿no? ¡Excelente!

—¿Le gusta el jazz?

—Claro que sí, un género musical que se inició a mediados del siglo xix en el sur de los Estados Unidos. Al igual que el *blues*, tiene sus raíces en la rica cultura africana —comentó el escritor.

—Eso dijo el profe Rolando y, además, que con esos dos géneros musicales apareció la primera guitarra eléctrica, creo que hacia el año 1936, aunque la guitarra

como la conocemos hoy es de 1940. Sería refacha tocar aunque sea por un rato con aquella...

Un mareo como fuerte torbellino se apoderó de mí. Sin poder terminar la frase, cerré los ojos y escuché el tintineo de una campana y un rítmico chapoteo en el agua. Ahora me encontraba en una costanera sentado en una rústica banca de madera. Frente a mí, a varios metros, un viejo buque a vapor se arrastraba lentamente por un caudaloso río que hacía una pronunciada curva. Un anciano afrodescendiente, de piel ajada y blanca barba, vestido con traje, se hallaba en una banca contigua y sostenía su cabeza con pesar. Una muchacha acompañada de un soldado manco se acercó al anciano, intercambiaron algunas palabras y después se marchó con él. El militar los observó alejarse con tristeza, se sentó junto a mí y comenzó a tocar un blues con una armónica. De repente, me percaté de que el anciano había dejado un sombrero y un periódico en el asiento.

—El señor que estaba ahí sentado olvidó su sombrero —dije en inglés, sorprendido de haber utilizado aquel idioma.

El soldado tomó los objetos y me los entregó diciendo en inglés:

—¡Pobre John Black! Él vive a pocas cuadras de aquí, sobre un viejo club de *jazz*. ¿Podrías devolvérselos por mí?

Seguidamente, con lágrimas en los ojos, el militar me contó que había tenido que traer la triste noticia de que Charlie, su mejor amigo e hijo del anciano, había muerto hacía unos meses en África, en la batalla del paso de Kasserine, donde las tropas nazis de Rommel se enfrentaron al II cuerpo de ejército estadounidense. También me contó que, antes de la guerra, había formado con Charlie, su padre y otros músicos una banda de *jazz*, que llegó a ser famosa en Nueva Orleans y comenzaba a tener renombre en el estado de Luisiana cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor.

No es que yo fuera un *boy scout*, pero aquella historia me impulsó a hacer mi buena acción del día. Siguiendo las indicaciones del militar caminé por estrechas calles con edificios de estilo colonial, algo descuidados pero con floridos balcones de hierro forjado, galerías y arcos, hasta llegar a un antiguo caserón de dos pisos, con la pintura descascarada. En la polvorienta planta baja, otrora ocupada por un restaurante, se podía ver a un grupo de personas entre las que se encontraba el dueño del sombrero. Al fondo del salón, en el escenario, había un piano, un vibráfono y una batería. Un poco más allá, junto a unas antiguas sillas, descansaban un contrabajo y una guitarra.

—¿Esos son el sombrero y el periódico que mi padre olvidó en la banca? —dijo la mujer que había ido a buscar al anciano.

—Sí —respondí y se los entregué sin dejar de observar aquella guitarra—. Disculpe, no quiero ser inoportuno, pero ¿es una The Log¹?

—Creo que así la llamaba mi hermano. La compró un poco antes de estallar la guerra a un músico que era también inventor. ¿Eres músico? ¿Sabes ejecutarla?

—Ese modelo nunca, pero sí otros.

Un rayo de luz pareció iluminar a aquella mujer, que me sonrió dulcemente, me tomó del brazo y me introdujo en aquel establecimiento. Cuando me di cuenta, ya estaba sobre el escenario con el santo grial de las guitarras eléctricas en mis manos y una decena de ancianos mirándome detenidamente. El profe Rolando me había dicho que aquella era básicamente una típica guitarra de caja, pero cortada a la mitad y con un centro sólido de pino, en donde estaban montados los micrófonos, el puente, el cordal y el mástil. La ventaja respecto a sus antecesoras, simples guitarras españolas modificadas, era que, al estar hecha de un material macizo, el sonido tardaba más en desaparecer. Instintivamente, mis dedos se deslizaron por las cuerdas y el metálico y primitivo sonido de la guitarra invadió cada rincón de la sala. Luego de ejecutar varios acordes sin sentido, recordé el fragmento para guitarra de *Rose Room*, un clásico del *swing*, creado por Art Hickman en 1917.

¹ *El tronco*, uno de los primeros modelos de guitarra eléctrica.

El anciano John, que había permanecido sentado alejado del grupo, ordenó que me detuviera. Se levantó con dificultad y ante el silencio y las miradas de todos, avanzó hasta el escenario y comenzó a tocar aquella música con un clarinete. Seguidamente, otros cuatro ancianos subieron al escenario y, con el piano, la batería, el contrabajo y el vibráfono, tocamos entre todos la misma pieza musical y otras famosas músicas de *jazz* de los años 30 y 40. De pronto, el anciano John se paró y, con un ademán, pidió silencio y dio por terminado aquel miniconcierto. Con los ojos inundados en lágrimas me tocó un hombro con sus temblorosas manos y me dijo:

—Gracias por ser parte de la despedida a mi hijo Charlie, quien descansa en el continente de mis ancestros. Sin ti ejecutando esa guitarra no hubiéramos podido hacerlo. Te estaré eternamente agradecido.

—No es nada, solo le traje el sombrero que olvidó y... el resto lo regalé —respondí con vergüenza.

—Eres un buen músico; mi hijo no quería que este instrumento se quedara sin voz, y nosotros... en fin, desde este momento esta The Log es tuya. ¡Cuidala mucho! Ojalá cuando termine esta maldita guerra puedas ingresar en alguna *big band* y tocar con los grandes.

Abrió los ojos y, con tristeza, descubrió que todo había sido un sueño. ¡Qué raro! Fue tan real, con tantos detalles... Me acordaba de todo como si realmente hubiera ocurrido. «¡Ejecutar una The Log en Nueva Orleans, en plena guerra! Solo a mí se me puede ocurrir», pensé mientras bajaba a merendar. Entonces apareció mi mamá sujetando la The Log y me dijo enojada:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no dejes tus cosas tiradas por toda la casa?

4

Nahuel

Un punto de vista distinto

—Cada vez estás más distraído. ¡Todo hay que repetirte dos veces! Te la pasaste jugando con Miluchi, ¿ya hiciste la tarea? —me retó mi mamá, estaba nerviosa.

—¡No estoy jugando! Estaba buscando una abeja, es que tengo que investigar su comportamiento para...

—¡Siempre tenés la excusa justa!

Subí las escaleras seguido por Miluchi, mi perrita foxterrier y compañera de aventuras.

—Tu mamá tiene razón, Nahuel —ladró—, ¿por qué no hacés como Claudita que, ni bien vuelve del cole, se pone a hacer los deberes.

—¿Vos también me vas a retar, Miluchi? Hoy es viernes... y no me podés comparar con Clau. ¡Yo no fui a la biblioteca de Alejandría! Ni tengo ese anillo que le ayuda a ser una compu con patas. Y no la nombres, ni se acuerda de que soy su novio. Ahora, se pasa el día leyendo manuscritos antiguos con la profe Hipatia.

—Mmm, me parece que alguien está celoso —ladró Miluchi—. Clau podrá saber muchísimo más, pero

el que habla con todos los seres de la naturaleza sos vos.

—Tenés razón, hermanita peluda —dije arrojándome sobre la cama—. ¿Qué culpa tengo de que justo cuando estoy estudiando, las hormigas me cuenten sus aventuras y lo delicioso que es el dulce de mamón que preparó ña Lucrecia? ¿O que el *yvyrapytã* del vecino me susurre lo feliz que está con los pichones de colibrí en sus ramas? Encima, justo ahora que tengo que hacer un trabajo sobre las abejas, no encuentro ninguna que quiera hablarme. Voy a tener que buscar en internet... ¿viste mi *tablet*?

Miluchi se metió debajo de la cama. No sé cómo pasó, pero de pronto, mi anillo de jade se iluminó y vi la *tablet* debajo de la cama, como si yo me hubiese agachado a buscarla, ¡pero no me había movido de mi lugar! Después, como si yo saliera de debajo de la cama, me vi a mí mismo, que estaba con cara de asombro.

—¡Miluchi! ¿Estoy viendo con tus ojos?

—¿Cómo hiciste eso? —ladró.

Extrañado y sin encontrar explicación, retumbó en mi cabeza el recuerdo de la voz de Shidi, el chamán chamacoco que conocí en un viaje a la laguna Pitiantuta, que decía: «Sé uno con la naturaleza. Sé la naturaleza».

Me dirigí a la ventana y vi en el cielo volando majestuosamente un taguató y me pregunté: «¿Qué verá desde aquella altura?». Instantáneamente, pude ver mi



casa desde los aires. Tanta fue la impresión, y el vértigo, que comencé a caer; o sea, no yo, era el taguató el que caía en picada. Asustado, cerré los ojos y, al abrirlos, estaba nuevamente junto a la ventana, mientras el taguató, desconcertado, se recuperaba de aquel descontrolado descenso.

—¡Qué facha! —exclamé atónito mientras Miluchi se rascaba la oreja—. Ya sé cómo haré la investigación sobre las abejas.

Luego de un par de pruebas más con una lagartija —gracias a la cual encontré un sacapuntas, una escuadra y tres autitos de colección perdidos hacía varios meses—, me dirigí al jardín y me senté en uno de los sillones de metal que se encuentran junto al rosal. Cuando por fin descubrí una, me concentré en desear ver como si fuera ella.

El anillo de jade volvió a iluminarse y... ¡miles de imágenes distintas se hallaban frente a mí, y los sonidos y sensaciones se magnificaban! Sin dudar, deseé volver a ver como un humano, justo en el momento en que mi mamá me avisaba, desde la ventana de la cocina, que Claudita me esperaba en la sala.

Todavía mareado, fui a ver a mi novia, pero Miluchi se interpuso en mi camino apoyando sus patas delanteras sobre mis piernas, y ladró:

—¡No se te ocurrirá ir a ver a Clau con esa facha!

—¿Por?

—¡No! ¿Por qué no vas a ver cómo vino ella? —insistió Miluchi.

Sigilosamente, me acerqué a la ventana de la sala y la vi sentada en uno de los sillones: estaba vestida con una blusa amarilla, minifalda de *jeans* y las sandalias doradas que yo le había regalado por su cumpleaños. Llevaba el pelo recogido y se había pintado los labios de un color rosa nacarado. Miluchi tenía razón. Corriendo entré a la casa por la puerta del fondo y fui a mi cuarto a cambiarme. Finalmente, bajé vestido con un *jeans* negro y una remera también negra con el dibujo de un *stormtrooper* de *Star Wars*. Sobre mi cama había quedado una pila de ropa desordenada.

—Hola, Nahuel, ¡qué buena que está tu remera!

—Sí, refacha, ¿no? Me la regaló mi primo Nico —dije dándole un piquito y sentándome en el silloncito de al lado.

—Disculpa que hace tiempo que no vengo a visitarte y que haya venido de improvisto y sin arreglarme —se excusó nerviosa y ruborizándose—; es que me quedé a dormir en la casa de Jor porque mi mamá se fue con Héctor a Ñeembucú y... me envió un mensaje que llegará a eso de las siete, así que pensé...

—¡Claro que no me molesta, además estas reguau! —dije sonrojándome y, para disimular, seguí hablando—. ¡No te imaginás lo que me pasó! Ahora puedo ver a través de los ojos de los animales...

Le conté con detalle todo lo que me había pasado. Y ella también lo hizo:

—Si bien hace rato que no viajamos con el *Libro del Tiempo*, ¡estamos descubriendo todo lo que podemos hacer con nuestros anillos! En mi caso, cuando necesito saber algo, ya lo sé, como si tuviera una conexión instantánea a internet.

—¡Ahora sí que sacarás siempre la nota máxima! Y ya que sos una supersabelotodo, ¿me podrías decir qué me pasó cuando quise ver como la abeja?

—Sencillo, te asustaste. Como sabés, las abejas interactúan entre sí gracias a la fotorrecepción, la quimiorrecepción, la mecanorrecepción, la magnetorrecepción y la termorrecepción, es por ello que...

—¿Fotorre... qué? Hablá en castellano, Clau.

—¡Bueno!, pensé que ya habías hecho la tarea... Ahora me explico por qué te asustaste. Las abejas perciben su entorno de manera muy distinta a los humanos y son mucho más sensibles...

—¡Sí! De pronto veía como si estuviera en una videoconferencia con miles de pantallas ante mí.

—Eso se debe a que tienen cinco ojos: tres simples, llamados *ocelos*, que les sirven para ver en la oscuridad, dentro de la colmena, y dos compuestos, formados cada uno por miles de diminutos ojos llamados *omatidios*.

—Qué facha, con razón me mareé. ¿Y se sabe cuántos omatidios tiene cada ojo?

—Varía de acuerdo con la casta: las reinas tienen 4290 omatidios, las obreras, 6300, y los zánganos, 13 090.

—¡Chicos, vengan a merendar! Después siguen conversando sobre las abejas —nos llamó mi mamá. Nos ofreció una pastaflores salada del horno hacía unos minutos. Al terminar, acompañé a Clau a su casa.

5

Tía Ali

Dando rostro a la historia

Con mucho cuidado llevamos los cuerpos y cada objeto hallado al laboratorio de arqueología forense, en donde Héctor y un equipo de profesionales de distintas disciplinas, entre ellos una criminalista forense y una paleontóloga especializada en tafonomía forense, se enfrentaron a aquel puzle que escondía el misterio de aquellos guerreros cuya historia nos intrigó desde el primer momento.

Héctor escaneó en 3D cada cráneo. Seguidamente, y usando un *software* que combina técnicas de antropología, osteología y anatomía, sumado a otros datos, se obtuvieron dos rostros bastante aceptables de aquellos guerreros, que después imprimieron usando una impresora 3D. Montados los rostros sobre dos maniqués, Héctor realizó la parte artística: pelucas, cejas y, fiel a los hallazgos, barba y bigote al sujeto masculino.

Una vez concluido el trabajo, se dirigió al equipo:

—Les presento a Pedro y María. Si bien estos no son los nombres con que fueron bautizados hace más

de ciento cincuenta años, ni sus rostros, obtenidos con esta controvertida y subjetiva técnica, sean los que tuvieron en vida, nos dan la imagen de dos personas, no dos cráneos carcomidos por el tiempo, un hombre y una mujer que murieron llevándose un misterio con su último suspiro. Y es nuestro deber, con respeto y profesionalismo, desenterrar ese misterio como lo hemos hecho con sus huesos.

Aquella humanización de Pedro y María emocionó a aquellos profesionales, que aplicaron toda su sapiencia, no ya para cumplir un trabajo arqueológico más, sino para conocer todo lo posible sobre aquellas personas, aparentemente enfrentadas en el campo de batalla pero unidas en un abrazo final. Y los resultados no se hicieron esperar.

—Doctor Cortez —dijo Silvina Licciardi, la médica forense—, luego de analizar los restos de Pedro y María, se deduce que las muertes fueron producidas por un objeto punzante que ingresando por la espalda a la caja torácica de María, entre la primera y segunda costilla, atravesó el corazón, astilló la tercera costilla y llegó al pecho de Pedro, entre la segunda y la tercera costilla, destrozando la cuarta vértebra torácica al salir. También se han encontrado unas marcas *pre mortem* que encajan con las mordeduras de un perro en el radio y el cubito del brazo derecho.

—Pero teniendo en cuenta que Pedro medía un

metro setenta aproximadamente y María rondaría por un metro cincuenta, ella debería haber estado a mayor altura que él en el momento de ser atravesados por la lanza. ¡Algo no concuerda! —señaló Héctor.

—Creo que tengo la solución de ese dilema —dijo la paleontóloga Laura Cosmus, digitó en su computadora y proyectó en la pantalla que colgaba de la pared unas imágenes—. Estas son las fotos tomadas por usted en el lugar donde se encontraron los restos y estas del lugar donde cayó el proyectil, presumiblemente, de la artillería paraguaya. Ahora, miren esta representación que preparé, en donde se ve cómo el proyectil estalla e impulsa con su fuerza expansiva a María sobre Pedro, al momento que una lanza, arrojada posiblemente por un jinete, los atraviesa. Esto podría explicar la diferencia de altura, sin embargo, no explica el abrazo entre ambos.

—¿Una reacción instintiva? —preguntó Héctor.

—Eso pensé al principio, pero volví a ver las fotografías y me llamó la atención la posición de los cuerpos y cómo quedaron flexionadas las piernas de ambos. Volví a cargar los datos en el modelo informático, pero esta vez, ya no pude con mi lado romántico, hice que el esqueleto que representaba a Pedro tome al de María por la cintura y lo alce como si fuera un abrazo de enamorados... ¿Ven? Ahí la lanza los atraviesa y... miren cómo el programa de computadora muestra la

posición de los huesos al caer. Es prácticamente igual a como quedaron en la realidad, como también el recorrido de la lanza coincide con las heridas observadas en los huesos de ambas víctimas.

—¡Encontré un tesoro! —interrumpí emocionada.

Mientras Héctor y su equipo se ocupaban de los restos óseos, Brígido Bogado y yo, en el cuarto contiguo, trabajábamos con los restos de los uniformes. Tras un examen minucioso, descubrimos dentro de los puños de las mangas del uniforme uruguayo, sendas balas ocultas en su interior. Extrajimos los proyectiles, los pasamos por rayos X descubrimos que uno de ellos escondía un pequeño objeto prismático. Con cuidado, Brígido separó el proyectil de la vaina y del interior de esta extrajo un pequeño diamante violáceo. Sin dudar, abrimos la segunda bala, en la cual hallamos un trozo de papel doblado, que, a pesar del tiempo y las condiciones en las que se conservó durante más de una centuria, con mucho y minucioso trabajo pudimos desdoblarlo. Si bien el diamante nos sorprendió, el verdadero tesoro arqueológico sin duda era aquel documento, el manuscrito. Estaba bastante deteriorado y era poco legible, debido a que la reacción química de la tinta, ácida y rica en óxido ferroso, había calado en parte el papel, por eso fue digitalizado de inmediato. Proyecté el documento en la pared y grande fue mi emoción al descubrir que estaba fechado 10 de agosto de 1865 y

el remitente era el caudillo Ricardo López Jordán. Pero cuando casi se me salió el corazón por la boca fue cuando descubrí que era una carta dirigida al mariscal presidente de la República del Paraguay Francisco Solano López.

Héctor tomó el diamante, lo observó por un instante y después dijo recordando las palabras del peón de la estancia de Ñeembucú:

—En ese lugar no hay más que algunos huesos y unos cuantos hierros viejos oxidados... En fin, pasemos a lo importante —indicó insertando el *pendrive* que le entregué en la computadora y a continuación proyectó el documento en la pantalla de la pared.

Ya hacía una semana del viaje a Ñeembucú y ahora estaba en el Banco Central del Paraguay, junto al ministro de Cultura y al presidente del banco, frente a un grupo de periodistas. Detrás de nosotros, expuestos en una vitrina, junto a la punta de lanza y los otros objetos hallados, estaban los maniqués de Pedro y María, vestidos con una réplica de sus uniformes. Luego del discurso del presidente del Banco Central, quien mostró a la prensa el diamante encontrado, el ministro de Cultura habló sobre la importancia del respeto a la ley del patrimonio:

—Y como no me canso de decir, gracias al cumplimiento de la Ley 5621 y a nuestros profesionales, hoy rescatamos un trozo de la historia nacional. Muchas

gracias. Ahora los dejo con la doctora Benítez, quien responderá a sus preguntas.

—Doctora Benítez, ¿se enviará un equipo a Ñembucú a ver si se encuentran más diamantes? —preguntó casi atragantándose uno de los periodistas.

—¿Usted cree que el documento puede revelar el lugar del tesoro del mariscal López? —indagó una reportera de televisión.

Todas las preguntas giraban en torno al diamante y supuestos tesoros ocultos de López, así que dejé que estas se acumularan hasta que tomé el micrófono y dije:

—El periodista mexicano Francisco Zarco dijo: «La prensa no solo es el arma más poderosa contra la tiranía y el despotismo, sino el instrumento más eficaz y más activo del progreso y de la civilización». Es por ello que soy consciente de que la prensa debe cumplir un papel preponderante en la concientización de la población sobre la importancia del cumplimiento de la ley del patrimonio cultural y desalentar la búsqueda de míticos tesoros. Detrás de mí, están las imágenes de dos personas que nos invitan a descifrar un misterio con varias aristas. ¿Por qué dos soldados que debieran estar enfrentados en el combate mueren en, lo que creemos, un romántico abrazo? ¿Por qué en el año 1866 una mujer viste el uniforme nacional? ¿Por qué el hombre portador de un mensaje, oculto, para el mariscal López lleva un uniforme uruguayo? Ese mensaje, ¿podría cambiar

la manera de ver nuestra historia? Estas grandes interrogantes, que todo mi equipo tratará de esclarecer, importan mucho más a la República y a su cultura que un diamante de 50 quilates. Señores, los buscadores de plata *yvyguy* son delincuentes que nos roban a todos los paraguayos al destruir el entorno del hallazgo y con ello, un trozo de nuestra identidad. Por favor, es eso lo que quiero que transmitan y escriban. Muchas gracias, si no tienen otra pregunta...

El silencio que llenó el gran salón de la planta baja del Banco Central por unos segundos fue seguido por un aplauso que desencadenó una avalancha de otros. La conferencia de prensa había sido un éxito.

Al día siguiente, la foto de Pedro y María estaba en primera plana de todos los periódicos.

—Parece que causaste una fuerte impresión, ¡hasta en los periódicos de chismes y farándula aparecen María y Pedro! —exclamó Héctor cuando salíamos para la oficina.

De pronto, un vehículo estacionó junto a nuestra vereda y bajaron una mujer y una adolescente.

—¿Se acuerda de mí?, soy Luky, compañera de Clau, y ella es mi mamá.

—Mucho gusto, señora. Luky, Claudita ya se fue al colegio con Nahuel y con Jorge —dije mientras me dirigía hacia la camioneta, tratando de cortar la con-

versación de la manera más amable posible.

—Disculpe, señora, mi nombre es Luana Albarra-cín. Sé que está apurada, pero debe ver esto —insistió la mujer y me mostró un antiguo daguerrotipo.

En la fotografía se veía a un hombre y una mujer en la típica pose del siglo XIX: él sentado y ella de pie. Cuando iba a devolvérsela, me di cuenta de algo y con la foto en la mano, me acerqué a la camioneta, donde ya me esperaba Héctor. Sin decir nada, se la enseñé, justo cuando la mujer decía:

—Creo que sus Pedro y María son Giuseppe y Paula Antonelli, mis tatarabuelos. Necesitamos hablar.